

MI AMIGO LOPEZ ALBUJAR

ESCRIBE
CIRO
ALEGRIA



EXCELENTE CARICATURA POR MALAGA GRENET, DEL ARCHIVO DE LUCAS OYAGUE, BRILLANTE PERIODISTA, GRAN CATADOR DE LOS HOMBRES SOBRESALIENTES, QUE DIRIGIERA "EXCELSIOR".

COMO el lector memorioso seguramente recuerda, llevo publicadas largas páginas sobre el ilustre escritor Enrique López Albújar. Ahora que su muerte ha desatado una lluvia de papel impreso, trataré de que mis líneas de homenaje adquieran alguna novedad, escribiendo en lo posible acerca de hechos inéditos.

Yo fui al colegio en Trujillo y a mediados de 1926, siendo un adolescente, viajé a Lima para probar fortuna literaria. Como mi familia no me habría dado permiso, escapé llevando un parco equipaje compuesto de tres camisas y varios poemas y crónicas. Era como la primera salida de Don Quijote. Ya en la mentada Ciudad de los Reyes y el primer día que no almorcé, pues los periódicos mandaron al canasto mis producciones, opté por tomar "alimento espiritual" y con tan reconfortante fin ingresé a la vetusta casona de la antigua Biblioteca Nacional. Un empleado de mandil me preguntó qué libro deseaba. Yo había leído una nota sobre **Cuentos andinos** y lo pedí. El volumen lucía tapa blanca con letras azules. En mi asiento, abierta la primera página, olvidé el hambre y el tiempo. Cuando salí, la ciudad encendía sus luces y yo era otro. El escritor adolescente y soñador, superando el sufrimiento de sus primeros reverses, columbraba entusiastamente un derrotero. Muchos aspectos de los Andes que conocía estaban en el libro y, quien sabe, el muchacho podría añadir algunos más.

Después de la primera salida, el pequeño Quijote volvió naturalmente a Trujillo. En 1934 caminaba de nuevo por las calles de Lima, luego de sufrir cárcel por tratar de "desfacer entuertos".

Los periódicos no rechazaban ya mis producciones, al menos aduciendo razones de calidad. Una tarde entregaba un segundo cuento en la redacción de la revista **Panoramas**. De pronto ingresó el famoso escritor Enrique López Albújar en persona, llevando un fajo de carillas. No se tomaron el trabajo de presentármelo. Don Enrique habló con empaque de un cuento por publicar. Era más bien grueso, de cara llena. Vestía atildadamente si se considera que usaba escafpines. Me habría gustado conversar con el cuentista diestro, pero como no me prestó ninguna atención y yo parecía sobrar, resolví marcharme. Hablando horas más tarde con algunos vates de mi generación, Valle Goicochea informó que López Albújar empleaba los osten-

tosos escafpines para abrigarse los tobillos, pues sufría de reuma. Reímos humanamente. Pasando de la divertida sorpresa al serio tema de prosar sobre el Perú, estuvimos de acuerdo en que Don Enrique lo hacía bien. Los muchachos escritores de aquellos tiempos admirábamos a López Albújar y éramos, en general, respetuosos. Los de hoy tienen talento, indudablemente, pero más les sobra pedantería. Se creen genios fulminantes.

A fines de 1935, encontrándome en Santiago de Chile desterrado, saqué la cabeza en el mundo de la novela con **La serpiente de oro**. Un año después trabajaba como corrector de originales en la Editorial Ercilla. Mi labor consistía en enmendar las faltas notorias para darles menos tela qué cortar a los críticos. Entre cien de diversos autores, llegaron a mi mesa dos obras inéditas de López Albújar: **Nuevos cuentos andinos** y **El hechizo de Tomayquichua**. Claro que no tuve ocasión de corregir nada y leí los dos libros por gusto, con la viva impresión de quien reencuentra temas y maneras de decir familiares. Según me contaría años más tarde López Albújar, por esos años comenzó a leerme. Conversaba también sobre mí, allá en Tacna, con el doctor Miguel Angel Cornejo, a quien no le sorprendía que fuera yo escritor. Este buen maestro estimuló mis aficiones literarias cuando era Director del Colegio Nacional de San Juan de Trujillo y enseñaba castellano y literatura.

Escribí nuevos libros y emprendí nuevos viajes, (se parecen en cierta forma los unos y los otros, aunque los libros son viajes de final muy incierto), residiendo durante largos años en Estados Unidos, Puerto Rico y Cuba. Anduve de visita por otros países de América. Justamente al cumplirse 23 años de ausencia, volví al Perú para participar en un Festival del Libro. Scorza me había dicho en Santiago de Cuba que junto a **El mundo es ancho y ajeno** estaría **Matalaché**, novela de López Albújar. Conocía el libro y recordaba a los interesantes personajes, al rotundo sol piurano que brilla en sus páginas, pero más celebré la jornada en común al recordar mi primera lectura de **Cuentos andinos**.

Corría diciembre de 1957. En Limatambo me esperaban muchos miembros de mi familia y un enjambre de periodistas y escritores. Me sorprendió gratamente la presencia de Manuel Seoane y Antenor Orrego, viejos amigos, quie-

nes iban a recibirme pasando por encima de discrepancias políticas. Pero la sorpresa mayor consistió en que Don Enrique López Albújar estuviera también allí. Scorza me había contado que estaba por llegar a los noventa años y, siendo de noche, yo lo habría imaginado en su casa. El anciano me tendió la diestra diciendo: "Al fin lo veo, amigo. Yo me recojo temprano, pero tenía que venir a recibirlo". Luego estuvo escuchando la conferencia de prensa y, al despedirnos, atiné a decirle: "He leído todos sus libros, Don Enrique, y tengo que hablar mucho con usted".

No fue difícil, pues congeniamos debido a abundantes coincidencias. Poco antes de que yo volviera a Cuba, pues tenía allí compromisos que cumplir, me dijo: "Su conversación me ha sonado familiar. Sea por nuestros libros o nuestra manera de pensar y una mutua estimación personal, me parece que hemos sido amigos desde hace muchos años". Admití que era como si nuestra amistad se hubiera reanudado, a pesar de que hasta 1957 nunca nos habíamos hablado ni escrito.

De regreso en la patria para quedarme, era natural que tratara más a López Albújar y lo conociera mejor. Súbitamente enfermó de gravedad y casi no pasó día sin que llegara al hospital. Solía contarme alegres o dramáticos sucesos, casi novelescos, que le habían ocurrido. Además de bueno, Enrique López Albújar era fuerte y no sólo por haber llegado a muy avanzada edad. Sonreía sanamente y hablaba sin rencor de cuantos trataron de hacerle daño. Era también singularmente íntegro y su largo camino estaba señalado por actos de dignidad.

Andando el tiempo, CARETAS me pidió que hiciera una entrevista a López Albújar para celebrar sus noventa años. Salí un extenso escrito que tenía de entrevista y mucho de reportaje y crónica.

—Es algo de lo más completo que se ha publicado sobre mí, —comentó Don Enrique—, pero, ¿quién le manda ser bueno? Le ruego que me acompañe en el homenaje que me hará la Municipalidad y también cuando en el Palacio de Gobierno me entreguen las Palmas Magisteriales. Deber de los amigos es acompañar en estos casos...

—Habla usted como si fuera al sacrificio. ¿Le cansan mucho las actuaciones?

Don Enrique calló un momento y luego sentenció:



EL PROPIO NOMBRE DE LA EMPRESA, "MIMO SOCIEDAD ANONIMA", DA LA IDEA.

EMPRESA PIONERA

HACE 10 años la visión comercial y el dinamismo de un hombre, Martín Peters, se volcó en la creación de una empresa que habría de redundar en beneficio de todas las mujeres del país. En efecto, hasta esa fecha no existía en el Perú la fabricación de toallas higiénicas, elemento aséptico que tanto contribuye al bienestar y a la comodidad femenina.

La instalación de la fábrica de Mimosa, abrió un nuevo campo dentro de lo industrial y puso al alcance de toda mujer la protección realmente higiénica que su naturaleza necesita.

Las modernas instalaciones donde se fabrican a diario miles y miles de "Mimosas" ponen de manifiesto hasta que punto el Perú evoluciona hacia las prácticas de la higiene, que elevan también en ese aspecto el standard de vida femenino. Hoy sólo las mujeres de muy escasa preparación y cultura o aquellas que viven totalmente alejadas de la civilización, ignoran la existencia de MIMOSA. Diariamente salen de la fábrica los ya populares camiones o furgonetas, del triángulo verde que identifican el producto, rumbo a los más alejados puntos del Perú.

Hoy toda mujer, sea obrera, estudiante, profesional o ama de casa, sabe que MIMOSA protege su secreto brindándole la seguridad que la activa vida femenina exige. Hemos conversado con la gerente de Mimo S. A., señorita Rosario Valle y a través de sus informes podemos avalar el alcance que lo industrial puede tener en la educación del pueblo. Así sabemos que la empresa ha estado dictando pequeños cursillos y conferencias en unidades femeninas de todo el país, poniendo así al alcance de las jóvenes adolescentes conocimientos esenciales respecto a la evolución de la vida en relación con las normas de higiene personal y otros similares e importantes aspectos. Esta función didáctica si bien tiene por objetivo la divulgación del uso del producto mencionado, colabora con profesoras y maestras en el afán de formar mujeres cuyas costumbres y modalidades estén acordes con el avance de nuestro tiempo. Los usos anacrónicos son ya indignos del gran avance del Perú.



FURGONETAS CON EL TRIANGULO VERDE SALEN DE LA IMPECABLE FABRICA PARA DISTRIBUIR ESTE EXCELENTE PRODUCTO NACIONAL EN TODA LA CIUDAD.

PUBLI REPORTAJE CARETAS



LOS HONORES MILITARES DE DON ENRIQUE.

MI AMIGO

VIENE DE LA PAG. ANT.

—Escribí mis mejores libros hace muchos años. Entonces, no hubo homenajes. En el Perú han esperado a que cumpliera ochenta, noventa años, para celebrarme. Podría yo tener cien años y sin mis libros no valdría nada, salvo como curiosidad. Pero así es nuestro país. Regatea o mezcua en el tiempo que dar sería oportuno; rinde homenaje cuando el sujeto está cerca de la tumba o enterrado. Pero, ¿qué hemos de hacerle? No me puedo oponer tampoco a que me celebren ahora, pues parecería un desaire.

—Le acompañaré, —repuse.

Esas ocasionales críticas y otras más duras, no eran determinadas por un espíritu escéptico o pesimista. López Albújar creía profundamente en el Perú, en un destino mejor, sin desconocer menguas que pensaba corregibles.

En 1963 me mandó llamar un día con cierta urgencia.

—Quiero que me haga el favor de ponerle prólogo a mi libro **Memorias**, —dijo—. ¿Y sabe usted por qué? Ya lo sabe usted: porque lo aprecio a usted y deseo que andemos juntos en un libro.

En medio del trajín político, escribí unas cuantas páginas, pagando complacidamente la deuda de mi generación y la del Perú. Basadre ha citado en su **Historia de la República** los párrafos del prólogo que muestran a López Albújar como parte del "fenómeno de toma de conciencia nacional". Es allí donde, exactamente, reside su mayor importancia. Y repito: "Más allá de las consideraciones de estilo que preocupan a los críticos, la literatura de López Albújar debe ser juzgada por la condición popular de su mensaje. Avaluada en conjunto, es un producto histórico y no se la podrá dejar de lado nunca al enjuiciar el desarrollo de la cultura peruana".

Como en los últimos años, la edad y algunos achaques termi-

naron por impedir que Don Enrique saliera de su casa, iba yo a visitarlo, no con tanta frecuencia como hubiera querido. Me parece verlo todavía sentado en un extremo del corredor del segundo piso, tras una pequeña mesa, la gorra de visera magullada cubriendo la cabeza calva, el saco sobre el pijama, rugosa la piel cetrina, las mejillas flácidas, las manos sarmentosas. La ancianidad había caído definitivamente sobre Don Enrique, pero la inteligencia persistía en destellar desde los ojos vivos y francos. Ni a su biblioteca, ubicada en el primer piso, bajaba ya el escritor. La dulce Doña Lucila Trint de López Albújar le llevaba los libros y papeles que requería ocasionalmente. Yo fumo sin descanso. Doña Lucila acerca también alguna copa.

—No he tomado ni fumado nunca, —apuntaba el anciano con su habitual franqueza, sin temer que la repetida afirmación sonara a reproche.

—A eso deberá usted su larga vida, —comentaba yo.

—No, no lo crea usted. Yo he vivido tanto porque me ha dado la gana, pero lo que estoy haciendo, durar así, es una exageración biológica.

"A mi excelente amigo Ciro Alegria", reza la postera dedicatoria puesta por Don Enrique a uno de sus libros, temblona ya la letra de memorables forjas. Añade que "le ha robado al tiempo noventa y pico" de años "y piensa robarle algunos más para tener el gusto de seguir leyéndole". Pensaba corresponderle con un ejemplar de la nueva edición de **Duelo de Caballeros** publicada en Buenos Aires. Se quedó sobre mi mesa. Ahora la dedicatoria tiene que ser más amplia, estampada frente al tiempo: **Don Enrique, gran escritor y amigo, ya conversaremos de nuevo cuando me toque seguirle. Es posible que lleve algo para leer...**